

LA NOVELA SEMANAL



El caballo de Carcela

Por JOSÉ DE MATURANA

Homenaje póstumo

PRECIO: 10 Centavos



Dr. Ernesto Baing
 Director de la Facultad de Medicina
 Universidad de Buenos Aires

Después de haber analizado el
 "Seminol" - preparados farmacéuticos
 con 87% de extracto de cereales,
 en los cuales 31% es proteínas
 de gran y 12% de hidratos
 de carbono. Encontré que
 es el "Seminol" el que
 mejor y en la cantidad con-
 veniente para un niño, con
 un mayor número de calorías,
 lo que favorece su mayor peso,
 en la dieta de un niño, y
 que es apto de ser usado
 en los casos de niños que
 desean ganar peso.
 Buenos Aires, Mayo 8 de 1919
E. Baing

Dr. Enrique Eberhart
 Director de la Facultad de Medicina
 Universidad de Buenos Aires

"Seminol" es un alimento
 de gran utilidad en
 la alimentación de los niños
 de los países calientes
 y de los países templados
 y de las condiciones de clima
 que se encuentran en el
 mundo. Es un alimento
 que favorece el desarrollo
 físico y mental de los niños.
 Buenos Aires, Febrero 11 de 1919
Enrique Eberhart

SEMINOL

CEREALES MALTEADOS

Alimento para niños, madres y nutrias

GENUINAMENTE ARGENTINO

Dr. DONATO GONZALEZ SISTO
 Director de la Facultad de Medicina
 Universidad de Buenos Aires

El "Seminol" es un
 alimento de gran
 utilidad en la
 alimentación de los
 niños de los países
 calientes y de los
 países templados
 y de las condiciones
 de clima que se
 encuentran en el
 mundo. Es un
 alimento que
 favorece el
 desarrollo físico
 y mental de los
 niños.
 Buenos Aires, Mayo 20 de 1919
Donato G. Sisto

Dr. L. BELLO
 Director de la Facultad de Medicina
 Universidad de Buenos Aires

Después de haber analizado el
 "Seminol" - preparados farmacéuticos
 con 87% de extracto de cereales,
 en los cuales 31% es proteínas
 de gran y 12% de hidratos
 de carbono. Encontré que
 es el "Seminol" el que
 mejor y en la cantidad con-
 veniente para un niño, con
 un mayor número de calorías,
 lo que favorece su mayor peso,
 en la dieta de un niño, y
 que es apto de ser usado
 en los casos de niños que
 desean ganar peso.
 Buenos Aires, Mayo 8 de 1919
L. Bello

Compañía Argentina de Productos Dietéticos

bajo la dirección técnica del prof. Juan A. Domínguez

DIRECCION:
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Asesor literario, MIGUEL R. ROQUENDO

HOMENAJE PÓSTUMO

A
JOSÉ DE MATURANA

NUESTRO PRÓLOGO

Con este *Número de homenaje*, LA NOVELA SEMANAL da cumplimiento a un deber de compañerismo hacia el notable periodista arrebatado por la muerte en plena floración, a los 33 años, el 7 de junio de 1917.

Común hubiera sido su actuación en las letras argentinas, si toda ella se hubiese concretado al radio restringido que motiva la oportunidad de este tributo. Pero el joven periodista era algo más que un limitado proveedor de notas públicas; mucho más que un industrial de pluma y tinta condenado a adormecer el apetito de la curiosidad: era todo un literato.

En el verso y en la prosa; en el teatro y en el libro; ya en la corta comedia o en el drama patético y rotundo; ya en la lírica alada o en el cuento ligero o en la pieza de estudio substancioso, sagaz y exacto, el joven Maturana fué un dilecto del Dispensador de dones, en un sector del mundo a medias olvidado por la divina Gracia...

Y no paraba ahí su gallardía, pues sintiéndose más hombre que salterio, más próximo al dolor que a la canción, supo expulsarse de su propio alcázar de poeta pobre—que es decir de paria rico—para darse a la *indigencia popular*, y fué... ¿cómo nombrarlo que nos suene limpio?... fué un "girondino": revolucionario de espada, no de puñal.

Habló en la plaza pública y en círculos de fuego, para esas asambleas de hombres rudos que trabajan sin mayores esperanzas que vivir un poco más y pagar un poco menos las vidrieras que otros rompen en la casa del Estado. Y demás está decir que no medró

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

La colección completa de este semanario estará a disposición del público en los primeros días de Junio próximo. Pídanla en los kioscos, estaciones del subterráneo y vendedores de diarios.

con semejantes vecindades; que nadie ha satisfecho buenas cestas a la sombra de una estaca, ni habrá quien desayune con castañas en un bosque de alcornoques.

Fué muy pobre: lo preciso para que escribiera bien y pensara hondo. Ya está dilucidado, que una dosis regular de desventura marea lo bastante para hacer alguna cosa de provecho. Goethe decía: "Cuando vivo demasiado satisfecho no sé qué hacer de mí".

Hizo todo lo que pudo por dorar, sino su propia vida, la de aquellos que esperaban mejorarla por derechos del afecto. Pero, ¡ni plateársela! Sus crónicas de diarios, siempre amenas, le valían la merienda: (tú ya sabes ¡oh, lector! si las contaste, que veinte uñas tiene un gato). Y sus libros... pues sus libros se vendían, cada vez que algún criollo se acordaba de una cosa que la nombran por ahí literatura nacional. ¡Si vendió libros! En el teatro (cucaña de logreiros, refugio de un turbión de mercaderes emplumados) buscó prosperidad ingenuamente; pero como soñaba, y no contaba bien y era un zoquete en el difícilísimo estrabismo de mirar al escenario con un ojo y con el otro a la boletería, estrenó mucho y recogió para estrenar un par de botas. Sin embargo, el aura de los menos — que son en luminarias los mejores — le nimbó la frente de alabanzas. ¡Menos mal!

Para todos los versados en las cosas del espíritu (abstracción hecha de los *alacranes*), Matúraná era un poeta verdadero con tensión dramática: nervioso, patético, rotundo y buen conocedor de nuestro idioma: (¡Dios se lo pague con creces por esta Academia suelta!) "Canción de Primavera", su obra prima de teatro, valióle compartir un premio gordo distribuido en cuartos de ala o muslo (¡oh, manes de Salomón!) tal como un pollo a *la spiedo*. Son cosas de la vida y del teatro nacional, en cuyas sombras, como en la tenebrosidad del infinito, detrás de las estrellas están las nebulosas. (Adivinanza).

Un día nuestro pobre compañero tuvo suerte: (—¿Quién no la tuvo alguna vez?—decía un tuerto, por haber salvado un ojo.) Le hicieron director de una revista: ¡Sueldo magno; tarea prestigiosa! ¿A qué más Jauja? El poeta zarandeado por la suerte, debió sentirse rico. Mas aquel auge no le duró gran cosa: un día aciago le dieron por sorpresa el empellón. Voy a explicarme. Hay en los campos un pajarraco ladrón de nidos... ¿cómo le llaman? (He-

mos perdido la erudición). El ladronzuelo vive atisbando la coyuntura en que otro pájaro abandona su vivienda por el apremio de la pitanza. Es el momento: entonces, el muy taimado, el incapaz de componerse un nido, salta sobre el ajeno y en él se instala a su placer con la frescura del holgazán osado y rapapuestos... Ahora bien: en los periódicos (que son a igual un campo y de maleza) ocurre una parodia de esos dramas: háy ciertos pajarracos envidiosos, rondadores de puestos ocupados. A la espera de un descuido, se dan a frecuentar las redacciones; observan las tareas de la víctima propicia; chismorreo a su costa con el *primus* del periódico; le iluminan con los reales o supuestos desaciertos del cuitado; intrigan, desconciertan y archiembrollan la madeja de tal modo, que cuando el ocupante se descuida el pajarraco se acomoda en su vivienda, en el nido que tejó penosamente. Pues bien: a Maturana sucedióle este percance: volvió una vez al nido... y quedó al raso. ¡Miserias del estómago!

Después de este suceso marchó a Europa, llevando en la cartera alguna honrosa representación y emolumentos regulares. En España registró sus impresiones de viajero en unas páginas veraces y brillantes, que fueron conocidas con aplauso por famosos literatos españoles.

De regreso a Buenos Aires, enfermó: un mal terrible iba minando lentamente, con la tenacidad de la carcoma, su organismo, y recurrió implorando un poco más de vida a las alturas cordobesas. Pero al poco halló la muerte, dulce, clara, bondadosa, como lo es — por una especie de tardía y aun parcial compensación a los pasados sufrimientos — la de los tuberculosos. Murió en la confesión del optimismo: su frase postrimera fué: "¡Se sufre siempre, y sin embargo, la vida es siempre bella!" Bella como él: como su espíritu y su corazón de niño.

Por estas cualidades y otras le debíamos el homenaje de hoy, que le rendimos publicando en este *Número* "El caballo de Carcela". Es una pieza novelada apenas conocida, que pone de relieve una aptitud poco ostentada del malogrado poeta: la de cuentista ameno pero sólido, que conduce la aparente ligereza de su pluma hacia una finalidad ejemplar.

Y así fué, jugosa y bella, toda la obra realizada por José de Maturana.

¡Paz a su espíritu!

M. R. R.

El caballo de Carcela

POR

JOSÉ DE MATURANA

Cuando mi amigo Raúl, después de la excelente cena, terminó de relatarme la historia de aquel caballo extraordinario, encendí un cigarrillo, y eché a volar entre los fugaces arabescos del humo todo un tropel ardoroso de pintorescas divagaciones. El ameno consorcio de la sobremesa cundió en una jovial filosofía, y entonces me atreví a decir:

—La vanidad humana, traducida por nosotros en tan diferentes formas, ha inventado para su uso especial toda suerte de pompas y homenajes, desde la altiva estatua que pregona grandezas en el bronce o en el mármol, hasta el clásico banquete con que un círculo de obsequiosos gastrónomos celebra los merecimientos y las simpatías de un recién doctorado, o aplaude la decisión de algún soltero que por fin se resuelve a cargar con la famosa cruz del matrimonio.

—¿Y eso qué tiene que ver con el caballo del cuento?—arguyó mi amigo Raúl.

—En seguida lo verás.

Y proseguí:

—La biografía, el discurso necrológico, la estatua, el mausoleo, la comida de etiqueta, el retrato, no son sino otros tantos instrumentos, caprichosos vehículos que transportan de un lado para otro la insaciable vanidad de los mortales. En este sentido, medio mundo colma las ambiciones y satisface los deseos del otro medio mundo. Siempre un hombre se encarga de aportar alimento a las vanidades de otro hombre.

—Pero, es muy lógico que así ocurra.

—Será lógico, aunque no es, ciertamente, lo más equilibrado.

—Seguimos quedándonos en ayunas.

—Un instante... Comprendo que haya quien se encargue de hacer el elogio o la crónica de la vida realizada por los hombres célebres; comprendo que se decanten las virtudes, los heroísmos, las grandezas de los luchadores que honraron con su esfuerzo el camino de la humanidad; comprendo que se alabe en el hombre todo movimiento sano, inteligente, noble, espiritual, fecundo para los demás hombres; comprendo, sí, que se escriban biografías, crónicas, alabanzas, elogios; que se acuñen medallas conmemorativas, que se levanten monumentos imperecederos; pero lo que no alcanzo a comprender es por qué el hombre ha de dedicarse invariablemente al monumento del hombre, al elogio y la alabanza del hombre, a la crónica del hombre, a la biografía del hombre...

—Porque eso es lo natural, lo inevitable, lo humano.

—Sin embargo, nada tan cierto como que existen, fuera del reino racional, profundos méritos dignos de ser historiados, sabias e interesantes vidas que el hombre, olvidándose un poco de sí mismo, debiera detallar, ofreciéndoles al propio tiempo un rincón de esa gloria que con tan cerrado egoísmo él se reserva sólo para sí... Que lo diga Maeterlinck, por ejemplo.

Mi amigo sonrió significativamente.

—Sí, hombre,—continué—no siempre hemos de estar entregados a hilvanar nuestra propia biografía. La misma historia que acabas de relatarme nos dice bien a las claras que también los caballos, en este caso, tienen derecho a la inmortalidad, honradas bestias cuya memoria podría reclamar a veces un sitio en el Diccionario Enciclopédico. Por otra parte, el caballo es un animal de ilustres antecedentes, bordados en histórico abolengo. Ya en tiempos de la Roma archisecular, el emperador Calígula nombró cónsul a su famoso caballo. El caballo de Atila no sustentó menor alcurnia, pues todo el mundo sabe que donde aquél pisaba jamás volvía a renacer la hierba. Otros célebres rocines han llenado de asombro las edades, ennobleciendo la especie con no menos gloriosas andanzas y virtudes. Recordemos al incomparable Rocinante, magno ejemplar de la raza, que acompañó al pobre don Alonso Quijano en sus insignes peregrinaciones; al caballo del Cid Campeador, al de Carlomagno, al de Napoleón, que vió las estrellas de Austerlitz... ¿Por qué pensar, entonces, que hay torpeza en estas sencillas afirmaciones?

¿Quién se ha olvidado de Kolstomero, el buen caballo cuya vida describió el patriarca León Tolstoi y que, al decir de un cronista, era superior a los hombres ricos y vanos, pero no por ser caballo, sino porque se parecía a un hombre sencillo?

Dejando a mi amigo con sus dudas, yo os aseguro que el caballo de esta historia merece un monumento, y reclama, tanto como cualquier sujeto de campanillas, la pluma de un brillante panegirista, que difunda por cuantos medios dispone la publicidad contemporánea esa provinciana obscuridad en que yacen hasta hoy sus peregrinos merecimientos, tan superiores a los de muchos hombres...

El viejo Carcela, mísero vendedor de pan dulce, que ganaba su sustento recorriendo como un pobre mendigo las calles de Corrientes, había llegado a una edad en que las fuerzas le eran escasas para conducir al hombre el cesto de la pesada mercancía. Pobre de toda la vida, cumplía la dura ley del trabajo, y la nieve de la vejez cubría totalmente su cabeza, sin que hubiese llegado a conquistar ese alivio económico con que sueñan las gentes humildes, para librarse de los rigores del hambre, en el invernal declive de la senectud. Seguía, pues, trabajando penosamente, haciéndosele cada día más difícil el transporte de aquella carga con que remediaba las exigencias más apremiantes de la vida. Era tan desesperada la lucha, que de buena gana se hubiera echado a morir en un rincón de su rancho, si la voz de los hijos más pequeños no le anunciara que aun su vida tenía una misión sagrada que cumplir. Entonces pensó en la adquisición de un caballo. He ahí la única salvación, se dijo. ¡Con cuánto cariño, con qué afán le habría dedicado sus más prolijas atenciones! Pero... ¿cómo, de dónde obtenerlo? Carecía de dinero para comprarlo. Sólo la casualidad podría proporcionarle uno. Y la casualidad, en efecto, quiso proporcionárselo...

Cierta día, vagando con su amargura por una senda del litoral correntino, vio que unos excursionistas la emprendían contra un ca-

hallo que, medio muerto de cansancio, negábase a continuar el viaje. En vano lo castigaban, tratando de que se levantase. El pobre bruto se dejaba estar. Los viajeros, viendo la inutilidad de la tentativa, optaron por emprender de nuevo la cabalgata, dejando al animal abandonado en mitad del camino.

Fué un día de verdadero júbilo para el viejo Carcela. Acababa de hallar el objeto de sus ideales. Desde aquel momento sería feliz. Estaba seguro de que el caballo recobraría prontamente las fuerzas. Ya no volvería a cargar con el pesado cesto de la mercancía que le brindaba el sustento a precio de constantes sudores.

Tanta maña se dió, y de tan oportunos cuidados echó mano el viejo, que a los pocos días el caballo se encontró en condiciones de ser útil, retribuyendo con creces la bondad de quien le había salvado de la muerte.

La traza del rocín no podía ser más lamentable. Pero ostentaba tal brío, tal agilidad en los movimientos y tanta viveza en la mirada que, observándolo con atención, advertíase acto continuo el animal inteligente y bueno. El viejo lo mimaba con preferencias de padre ilusionado y feliz. Jamás bestia alguna de la fauna vióse tan agasajada y querida, pues hasta el nombre con que Carcela bautizó a su caballo era de una delicadeza primaveral y simpática. Como si se tratase de una niña mimosa y atrayente, le había puesto este nombre: Golondrina.

Golondrina parecía haberse hecho cargo de las bondades de su amo en tal forma que cuando lo miraba, hubiérase dicho que lo miraba con amor. Conocía el sonido de su voz, y hasta era forzoso creer que daba una especial interpretación a las juiciosas palabras de Carcela. Andando el tiempo, llegó a acentuarse tanto esta virtud que, por los amaneceres, cuando el viejo vendedor se levantaba, poniéndose a cantar, Golondrina abandonaba también el descanso y resoplando alegremente plantábase ante la puerta de la habitación.

—¡Buenos días, Golondrina!—decía invariablemente nuestro hombre.

Y el caballo, volviendo a resoplar con mayor entusiasmo, parecía querer responderle:

—¡Buenos días, mi amo!

Luego comenzaba la diaria peregrinación a través de las calles

de la ciudad. Carcela tenía sus clientes. Cuando penetraba en las casas, el caballo aguardaba sin impacientarse nunca, mirando hacia los zaguanes con sus ojos inteligentes y buenos. Calculaba el tiempo, que Carcela se detenía en cada lugar. Pero jamás volvía a ponerse en marcha antes de oír la voz de mando del patrón.

Los chiquillos vagabundos, entre quienes el caballo de Carcela llegó a tener una envidiable popularidad, aprovechando la ausencia del amo, solían arrojarle piedras, empujarlo para que caminara, tomarlo de las riendas con el objeto de hacerle doblar la esquina próxima, jugando así una mala pasada al viejo vendedor ambulante. Pero todo era inútil. El caballo, adivinando quizá el capricho de los malintencionados, permanecía inmóvil, imperturbable, como un mito de piedra. Cuando Carcela reaparecía, después de alguna de estas aventuras, Golondrina le señalaba con un extraño y elocuente movimiento de cabeza a los chiquillos que huían, y parecía quererle decir:

—¿No ves? Allá van. Pretendían hacerme andar, para molestarte, pero no lo han conseguido. ¡Algún día les voy a dar un par de coces!

El viejo, luego de amenazar a los pilletes con los puños en alto, acariciaba pausadamente el cuello del animal, y tornaba a proseguir el camino.

—¿Quién te ha regalado ese esqueleto?—le preguntaban algunos.

—Dios, la suerte es quien me lo ha traído. Si no fuera por este caballo, quién sabe dónde estaría a estas horas el pobre viejo Carcela—contestaba melancólicamente.

Pero era feliz. Sentía por aquella bestia sórdida y mal entrazada, verdadera adoración, ese cariño sin límites, vehemente, desesperado, que suelen depositar los pobres diablos en una última esperanza. Golondrina, por su parte, se encontraba en plena gloria de vivir. Experimentaba a su alrededor la triple satisfacción del bienestar, del encariñamiento y de la confianza. Adivinaba los deseos de su amo. Lo seguía en sus ademanes. Cumplía sus órdenes con regocijo indescriptible; parecía un hombre en toda la extensión de la palabra.

Había, sin embargo, entre otros detalles, uno que llamaba sobre-

manera la atención de las gentes, y era que Carcela había acostumbrado a Golondrina a obedecer como un perro.

Todos los días, a la caída de la tarde, llegaba el viejo a la plaza central, en una de cuyas esquinas el caballo tomaba una ración de agua. Mientras tanto, Carcela se dirigía a un café situado en el límite opuesto de la plaza, y así que terminaba los pequeños trámites de su humilde comercio, los parroquianos solían interrogarle:

—¿Y tu caballo?

—Allá lo he dejado, bebiendo.

—¿Está gordo?

—Ya lo creo.

—Queremos verlo, hombre. ¿Por qué no lo llamas?

—Bah...

Entonces, el viejo, con esa íntima complacencia que produce el ajeno interés por las cuestiones que nos son familiares y queridas, llevábase ambas manos a la boca, formando un hueco a la manera de una bocina y lanzaba un par de agudísimos silbidos.

—¡Fí... iiii... fí... iiii!

Al instante, el caballo, como obedeciendo a una orden de antemano establecida, comenzaba a andar, muy lentamente, en dirección del café. Los parroquianos celebraban el acontecimiento en un certamen de estrepitosas risas, los aplausos menudeaban y Carcela, radiante de contento, colmaba de afectuosas manifestaciones a la obediente bestia.

Otras veces le decían:

—No, Carcela; eso no tiene gracia... El caballo te obedece, sí, pero con demasiada lentitud... ¡A que que no lo haces correr!

—¡A que no!

—¡A que no lo haces correr!

El viejo, algo picado en su amor propio, limitábase a decir:

—¿Que no?

Y volviendo a formar el hueco con las manos, repetía los silbidos.

—¡Fí... iiii!... fí... iiii!

La vibración que imprimía esta vez Carcela a su silbato tenía que ser diferente, y así lo entendía Golondrina, pues, al escucharlo en la nueva oportunidad, emprendía tan vertiginosa carrera hasta el lugar donde se hallaba su amo, que las cestas en que yacía el pan dulce corrían grave riesgo de rodar por la calle. Entonces, el entu-

siasmo era mayor. Los vecinos, ante la evidencia incontestable, felicitaban calurosamente al afortunado viejo, el cual recibía estas demostraciones, no desprovistas de ironía por cierto, con ese aire de triunfo que sabemos adoptar cuando obtenemos las confesiones del vencido en una discusión. No obstante, el público pedía siempre más. Y era lógico que tal cosa ocurriese, pues de sorpresa en sorpresa, observando las gentes cada día una flamante habilidad del caballo, éste había concluído por convertirse en un risueño espectáculo, que los vecinos trataban de fomentar presentándose a su vez en el carácter de ávidos y gratuitos espectadores.

Un día se entabló una apuesta en la confitería de don Ovidio. Era necesario demostrar que Golondrina respondía en absoluto a la voluntad de su dueño.

—Vamos a ver, Carcela: ¿a que tu caballo no entra en la confitería!

—¡Eso es!

—¡A que no lo haces entrar en la confitería!

Carcela acogió la arriesgada proposición con una sonrisa que denotaba confianza en el éxito, pero se resistió a aceptar la apuesta.

—¿Ves cómo no te atreves?

—¡No entra, no!

—¡Qué esperanza! Tienes miedo... ¿No quieres apostar?

—Otro día...

—No, hoy, ahora mismo.

El propietario del establecimiento, complicándose también en la aventura, dió amplias facultades a Carcela para que hiciese en el asunto todo lo que estimase conveniente, prometiendo atenerse a las consecuencias en caso de que al caballo, una vez dentro del negocio, se le ocurriera hacer cualquier barbaridad.

No hubo más remedio que ceder. La prueba quedó concertada para el día siguiente, y los contrincantes echaron a rodar sobre el asunto un aluvión de opiniones y vaticinios.

A la hora de costumbre Carcela apareció frente a la plaza. Se había convenido en que le dejarían obrar libremente. Por lo tanto, los parroquianos no deberían de ocupar la puerta del establecimiento, pudiendo situarse a la expectativa, y para comprobación del resultado, tras las cortinas de un saloncillo próximo al mostrador. El regocijo estaba descontado...

Hablaban en voz baja:

—Ya verán cómo no entra el caballo.

—Yo voy a que sí.

—Yo no lo creo.

—¿Cuánto jugamos?

Concertáronse nuevas apuestas. Las dudas iban a quedar disipadas enseguida. El silbato de Carcela resonó limpio, penetrante, en la puerta de la confitería. La expectativa recrudeció. Cuando Golondrina hizo su aparición frente al negocio, el momento fué solemne. Carcela, retrocediendo con lentitud hacia el interior, siguió silbando cada vez más despacio.

—¡Fi... iiii... ff... iiiiii!

El caballo, un poco indeciso primero, verificó al minuto su entrada triunfal en el establecimiento. Sus resonantes patas de inconsciente cuadrúpedo, golpearon el maderamen del piso, aturdiendo acompasadamente la acústica de la confitería.

—Fi... iiii... ff... iiiiii!

Carcela, ya oculto bajo el mostrador, silbó un momento aun. El caballo, como hipnotizado, avanzaba resueltamente hacia el sitio de donde partía el silbido. De pronto se detuvo. Había llegado junto al mostrador, sobre cuyos cristales resplandecía, incitante, una soberbia bandeja de pasteles. Golondrina no se hizo esperar. Contempló la fuente un instante, con gesto de filósofo aburrido, y acto continuo, de un par de bocados, la dejó limpia, sin un solo pastel. Luego miró satisfecho la vitrina, y como observase que dentro de ella había más confituras, decidió probarlas también, para lo cual, levantando la tapa con los dientes, introdujo la cabeza en el preciado depósito.

A este punto don Ovidio, ya un tanto alarmado, salió de su escondite, gritando a voz en cuello:

—¡Eh! ¡eh!...

El coro de parroquianos hizo irrupción tras él, acompañándole:

—¡Eh! ¡eh!...

—¡Golondrina! ¡Fuera! ¡Golondrina!

El caballo, sobresaltado por el vocerío, sacudió reciamente la cabeza, y un estrépito de vidrios rotos respondió a las medrosas intimaciones del dueño y de la clientela alborotada.

Carcela había ganado la apuesta. Era, pues, doblemente justo que

don Ovidio, con previo asentimiento damnificado, pagase los vidrios rotos...

El relato de la aventura se difundió bien pronto por toda la población, y un lauro más, de festiva celebridad, fué a enredarse en las orejas del ya famoso caballo. Sin embargo, la inteligencia de Golondrina no terminaba en estos detalles relativamente insignificantes. Rasgos característicos y muy nobles tenía, que elevaban su mísera animalidad casi a la categoría de persona. Era fiel, fidelísimo, como la perla, tan heroicamente adherida al molusco, que sólo con la muerte lo abandona, cuando la avaricia del pescador va a sorprenderla en el mar...

Nadie podía acercarse al viejo vendedor y hacer el más mínimo ademán, sin que inmediatamente Golondrina se abalanzase en son de guerra, enhorquetando las enormes orejas y haciendo rechinar los dientes. Cuando los chicuelos, de antemano autorizados, fingían pegar a Carcela, Golondrina se aprestaba en el acto a la defensa levantando indignado las patas delanteras, y persiguiéndolos, como un can enfurecido, una, dos y tres cuadras, hasta que oía el silbato que le ordenaba volver junto a su amo.

A veces, ultrapasando ya los límites de lo discreto, organizábanse con tal causa verdaderos tumultos en las calles, y hubo cierta ocasión en que intervino la policía, la cual no encontrando mejor medida que efectuar, condujo preso "por desorden" al popular caballo. Esto trajo como consecuencia que su dueño sufriese la más amarga de las aflicciones durante varios días, teniendo que echar mano de fuertes influencias para obtener la libertad del detenido, lo mismo que si se hubiese tratado de cualquier persona.

Pero el teatro habitual, el escenario por excelencia donde Golondrina llegó a lucir mayor suma de habilidades, conquistando a la vez sus más sonados triunfos, fué el puerto de la ciudad de Corrientes. Allí, ante el abigarrado hormigueo de los trabajadores, de los curiosos y vendedores viandantes, entre el vaivén de los viajeros los días de salida o entrada de vapores, aparecía el caballo de Carcela sembrando la alegría general.

—A ver, viejo: ¿has traído tu caballo?

—Sí, señor; ahí lo tengo...

—¿Por qué no lo acercas?

—¿Para qué, señor?—disimulaba Carcela.

—Queremos verlo, hombre...

—Tráelo.

—¿No quieres hacerlo "trabajar"?

—Claro, pues, tráelo y que haga lo que sabe.

Carcela accedía siempre. Eran pasajeros bondadosos, vecinos de la localidad que volvían de Buenos Aires, o simples desconocidos que arribaban a la capital correntina por primera vez y, enterados de la fama del caballo, querían cerciorarse de la realidad, para ofrecer luego al viejo la propina.

—Vamos a ver, Carcela—pedía alguien—que el caballo corra a esos muchachos.

Inmediatamente, señalando a la infantil bandada, gritaba Carcela dando unas palmadas:

—¡Sús! ¡Sús, Golondrina!

—¡Ahora sí que es cierto!

—¡Ah, tigre!—se escuchaba.

Y el caballo, bajo una lluvia de aturdidoras carcajadas, emprendía celosamente la persecución de los chiquillos.

—Bueno, ahora, que te defienda.

—Eso es, nosotros vamos a hacer como que te pegamos.

—Está bien.

En efecto, dos o tres hombres fingían propinar una paliza al viejo, y era de ver la prontitud con que el peregrino maturrango se alzaba, agitando impetuosamente las patas delanteras, en esa actitud confusa y atropellada de las criaturas que se pelean. Después perseguía a los enemigos. Pero lo más curioso del caso consistía en que cuando aquéllos se dejaban alcanzar deteníase el caballo, y lejos de hacerles daño alguno, limitábase a rascar la tierra con las patas, imprimiendo a su cabeza ridícula unos movimientos pausados, semejantes, de preceptor sermonista, como si quisiera aconsejarles:

—¿Por qué pegáis a mi amo? ¿Eh? ¿No veis que yo no quiero?

Esto duplicaba las delicias de los circunstantes, y Carcela, plétorico de satisfacción, ensayaba nuevos números, en medio de unánimes aprobaciones y comentarios. Hacía una gran bola de papel, la ataba fuertemente con un grueso hilo, y arrojándola a la mayor distancia que sus fuerzas le permitían, tornaba a repetir:

—¡Sús! ¡Sús, Golondrina!

Videntes risotadas volvían a poblar el aire, y el diligente caballo

partía en busca de la bola de papel, la aseguraba con los dientes, y regresaba para restituirla a su dueño, el cual, ceremoniosamente, solía ordenar:

—¡Para aquel señor!

Golondrina plantábase delante de la persona indicada y alargaba el cuello ofreciendo la pelota como quien cumple el más grave de los deberes.

Después, el viejo gritaba:

—¡Arriba, Golondrina!

Entonces, el caballo hacía una rara genuflexión, sentábase sobre las patas traseras, cruzaba casi las de adelante, y permanecía largo rato en tan cómica postura, como los caballos amaestrados de los circos.

A veces, exigía Carcela:

—¡Hay que saludar a estos señores!

El viejo colocaba en hilera a tres o cuatro nombres, los saludaba por orden con la cabeza, y el caballo repetía el acto reverencial, con grave gesto de caricatura alemana. Esta chusca ceremonia producía siempre la mayor hilaridad, y Carcela, en vista del éxito, solía reproducirla varias veces.

Entretanto la fama de Golondrina extendíase cada vez más. Había gentes cuyo primer deseo, al desembarcar en el puerto correntino, era el de admirar las habilidades del caballo. Como es lógico suponer, dados los antecedentes expuestos, semejantes circunstancias dieron por resultado el relativo bienestar de Carcela, que llegó a sorprender en el animal-prodigio un modus vivendi superior, más descansado que el de la venta de pan dulce. Así es que un buen día decidió abandonar su comercio, dedicándose desde entonces enteramente a lo que hubiera podido llamarse explotación del talento de su singular caballo, tomando como principal centro de operaciones el frecuentado puerto de la ciudad...

Nadie hará bien en asombrarse si decimos que las aventuras de Golondrina podrían dar margen a la coronación de un tomo de más de trescientas páginas. Enrique Mílger hubiera descrito en abultado volumen "La vida pintoresca de un caballo", y Paul de Kock, complicando el sencillo asunto con sus triviales y predilectas narraciones de amores fáciles, habría dispuesto en medio de la mayor frescura sobrado material para unos quince tomos, como hizo con los "Etudiants" de Federico Soulié.

Pero no es necesario que se prolongue el hilo del discurso en una minuciosa desviación de amena literatura. Bástenos saber ahora cómo una pobre existencia de las llamadas irracionales, a la manera del más sensitivo poeta, puede, entristecida por las miserias humanas, enfermarse de asco y de amargura, afirmando tal vez así una indiscutible superioridad o elevación sobre el nivel corriente de los hombres.

Ya hemos visto de qué modo colmaba Golondrina las ambiciones de su dueño, y hasta qué término era capaz de serle amable en la vida. Veamos también cómo, a pesar de todo, y puesto que en el mundo nada hay sin su correspondiente punto vulnerable, el caballo de Carcela tenía su inevitable lado flaco. Efectuaba todas aquellas habilidades circenses sin vanidad, sin asomo de cálculo, a diferencia de los hombres que todo lo supeditan al interés ulterior. Trabajaba para su dueño, noblemente, como quien hace un bien sin esperar recompensa. Era un convencido de la fraternidad como el más sincero de los apóstoles. Todo esto teniendo en cuenta, desde luego, que le hemos asignado la facultad de pensar y de sentir. Pero lo que no admitía ni jamás admitió, según se verá en seguida, era el exhibicionismo mendicante. En esto dejaba de parecerse a muchos actores de la comedia teatral y mundana. Ostentar sus modestas virtudes, hacer de ellas alarde, convertirlas en un oficio, entregarse a la menguada tarea de atraer con socarrinas una limosna para sus piruetas, le parecía horroroso, inadmisibles, digno sólo de un polichinela vacío que ya hubiese perdido en absoluto la dignidad y la conciencia del valor de la vida.

Por lo tanto cuando Carcela abandonó los cestos del pan dulce, para dedicarse a una holganza inopinada y deshonorosa, a la exclusiva exhibición de su caballo, éste comenzó a dudar. Encontró extraña

la actitud de su amo. Le pareció grosera esa conducta. Sintió la nostalgia punzante, imperativa, del diario recorrido al través de las calles solariegas, colaborando con el viejo en la conquista del honrado sustento.

Es cierto que Golondrina no soportaba ya sobre su lomo el peso familiar de la mercancía. Pero se había acostumbrado a aquella carga, y la echaba de menos. ¿Dónde estaban los cestos? ¿Por qué el viejo amo que lo había salvado de la muerte cambiaba así, de improviso, su regular manera de vivir? ¿Era que ya no podía sobrellevar las fatigas del trabajo? No. Golondrina tuvo bien pronto la certidumbre de lo que ocurría. Al verse de aquella manera exhibido, como un mono de feria, palpó la noción exacta de la verdad. Contempló amargamente el brusco cambio de su apacible existencia, y comprendió que en el alma del viejo vendedor ambulante habían germinado secretas ambiciones, egoísmos inconfesables, incontenidas ansias de algo que, en su "mentalidad de caballo", no alcanzaba a determinar con la necesaria limpidez, pero que lo llenaba de oscuros presentimientos, que le hacía barruntar nubladas horas de tristeza para el porvenir...

—¿Qué tiene tu caballo?

—No lo sé...

—Pues parece que está enfermo.

—Es posible, sí; hay días que no quiere comer.

—No estaría demás que el veterinario lo revisase.

—¿Para qué? Se le pasará.

—Está triste.

—Yo también.

—¿Te comparas con las bestias?

—Todos somos iguales.

—¿Qué Carcela éste!

—Bah...

—¿Y qué harías si se muriese tu caballo?

—¿Qué haría?

—Claro, pues...

—Pues... morirme yo también.

—No, hombre; no seas bruto; hazlo revisar

el veterinario.

Estos diálogos repitiéronse a menudo, hasta que Golondrina mejoró, al parecer. Y al poco tiempo, otra vez la casualidad, pitonisa de las inesperadas intervenciones, se encargó también de echar luz sobre tan obscura situación, ofreciendo la coyuntura para que el caballo manifestase su disgusto por el nuevo género de vida.

Promediaba la estación estival. La ciudad de Corrientes, con sus calores de horno, respiraba fatigosamente al sol, como una rosa encarnada. Una de esas compañías de heterogéneos espectáculos, mezcla de teatro y de circo, que, hostigadas por la falta de público durante el verano, o mejor dicho, por el hambre crónica, huyen de la canícula porteña a correr provincianas aventuras, con sus dramas ecuestres, sus comedias bufas, sus payasos, bailarinas, bestias sabias y demás impedimenta lamentable, llegó probando suerte a la mentada capital de las revueltas políticas y de los hombres fuertes, de las mujeres de ojos grandes y negros, y del dulce hablar de melosa entonación, que trae con sus palabras el recuerdo melancólico y suave dormido en las leyendas de la expirante raza guaraní.

El anuncio de la compañía, que iba a iniciar sus representaciones en el gran circo capitaleño, había conseguido despertar inusitado interés, en medio de aquella desesperante modorra producida por el verano en triunfo. Las primeras funciones obtuvieron, pues, un éxito halagüeño. El público, seducido por la novedad, acudió en masa, atestando el espacioso barracón durante cinco noches consecutivas. Mas he aquí que de repente la entrada "empezó a aflojar", según la típica expresión del lenguaje de teatro adentro. Y empezó a aflojar de una manera alarmante. A la séptima noche, el recuento de boletería no acusaba más que diez y siete pesos en la venta de las localidades. Y en sucesivas funciones la gente fué desertando del circo, hasta llegar un momento en que la infortunada farándula trabajaba sólo para las viejas maderas de las sillas. Los errantes histriones estaban consternados. El empresario y el director, de pie uno frente al otro, como extensa frase amarga entre dos enormes puntos interrogativos, no sabían qué partido tomar para "resolver la temporada". Protestaban contra la suerte negra, ofendían al público ausente, tiraban de los cabellos:...

Una noche, el camarín del director de la "troupe", cierto periodista local tuvo una luminosa ocurrencia.

—¿Qué dice usted?

—Estoy bien seguro de lo que digo.

—¿Estaríamos salvados?—balbuceó el empresario.

Y el director:

—¡Ganaríamos lo suficiente, por lo mehos, para poder salir a otra ciudad!

—Todo eso y tal vez mucho más—afirmaba el periodista.

—¿Y usted asegura que para ello no hay más que...?

—Ya lo he dicho: presentar en el circo el famoso caballo de Carcela.

—¿Nos lo concedería?

—Es lo probable.

—Pues hay que llamar a Carcela.

—En seguida.

—Gracias, gracias...

—A usted le deberemos nuestra salvación.

—A mí no, al caballo.

Las frases estaban demás. Era necesario la inmediata presencia de Carcela, y Carcela fué arrastrado a la pequeña secretaría del circo, como una bolsa de óxigeno conducida precipitadamente para auxiliar a un enfermo que se muere.

Carcela se resistió. No le agradaba aquello. Tampoco lo comprendía bien. Pero lo convencieron. Después hubo que sostener nueva lucha al ajustar el precio. Lo ajustaron. Y acto continuo, Carcela emprendió la tarea de poner al director en conocimiento de todas las gracias de Golondrina.

—¡Espléndido! ¡Superior!

—De primer orden.

—El éxito es decisivo.

—Sobre todo teniendo en cuenta la popularidad del caballo.

—Indudablemente.

—Hay que hacer un comunicado a todos los periódicos.

—Y anunciar el "debut" en grandes carteles.

El empresario frotábase las manos, agregando:

—Ha sido una verdadera "trovata espectacular".

—¡La "trovata" de la salvación!

—Gracias, gracias, amigo periodista—repetía el director.

Y terminaba el empresario:

—Usted se ha hecho acreedor a nuestro eterno agradecimiento.

A los dos días verificábase la función. La noticia había despertado lisonjero entusiasmo entre las familias de la localidad. El éxito superó a toda esperanza, pues aquella noche el circo fué pequeño para contener tanta concurrencia. Llegado el momento de la presentación del célebre caballo, la expectativa del público, acentuada por segundos, traducíase en una especie de sorda marea, palpitando la inquietud sofocante del monstruo de un millón de cabezas—que dijera el autor de "La Nave"—en ese vaivén casi imperceptible, pero hondo, que tanto hace estremecer a los grandes artistas en las noches de estreno.

Por fin, la cabeza ridícula de Golondrina asomó en el tinglado. Su aparición fué saludada por el público en una estruendosísima ovación que hizo temblar durante dos minutos las lonas y el maderamen de la carpa convertida en sala de espectáculo. El caballo, mohino y poco ganoso, descendió a la pista. Allí el director, provisto, aunque sin necesidad, del pequeño látigo que usan los domadores de fieras comenzó la labor. Después de pretender, sin resultado, que Golondrina hiciese su cómica reverencia en distintas direcciones, como para agradecer los aplausos, invitó:

—¡Arriba, Golondrina!

El caballo, tal si se hubiese quedado sordo, permaneció impassible. Parecía no querer enterarse de lo que pasaba. El director insistió:

—¡Sús! ¡Sús, Golondrina!

Nada. El cuadrúpedo no movía ni siquiera una oreja. El hombre iba poniéndose nervioso, y el público, al principio en silenciosa actitud de recelo, empezaba a inquietarse, dando sintomáticas muestras de querer tomar a chungu el acontecimiento.

El del látigo hizo todavía un esfuerzo supremo. Se acercó más al caballo, pugnando por disimular la emoción que el visible fracaso le producía, y dándole suavemente con la lonja en las corvas, ordenó en un arranque de impetuosidad:

—¡Arriba, Golondrina!

La amostazada de... que hasta ese instante había permanecido

inmóvil, enarboló por toda respuesta un par de coces tan seco y monumental, que, de haber alcanzado al pobre histrión, éste hubiera enmudecido allí mismo para siempre.

Entonces ocurrió algo indescriptible. El público prorrumpió en una carcajada homérica, y la más firme, la más penetrante, la más épica de las silbatinas escuchada en teatro alguno del mundo, atronó los aires, como si la ciudad de Corrientes se hubiera poblado en un minuto de un millón de enloquecidos Meñístófeles. Fué un gigantesco diluvio universal de silbidos, amenazando luego con varoniles voces de protesta, por múltiples demandas, entre las que se destacó súbitamente una, más imperiosa, reclamando:

—¡Que salga Carcela!

Todos los espectadores repitieron a un tiempo:

—¡Que salga! ¡Que salga Carcela!

Ante tan urgente reclamación, tuvo el director un repentino rayo de esperanza, y partió como una flecha a entretelones en busca del dueño del caballo. El público, entretanto, pasando de la silbatina a las contundencias del "pateo", amenazaba con hacer trizas las butacas del circo. Los pobres cómicos estaban mucho más alarmados que en las sombrías vísperas del hambre, y hubo un momento en que de buena gana hubiesen invadido la pista, poseídos de la siniestra intención de degollar a aquella miserable bestia que tan imbécilmente se negaba al "trabajo", colocándose el puchero a quinientas leguas de distancia.

—¡Esto es el colmo de la mala suerte!—clamaban en irritado coro los desgraciados.

—¡Qué espantosa situación!

—Pero, ¿dónde está ese estúpido de Carcela?

Carcela, filosofando en un rincón del escenario, negábase rotundamente a dar ninguna clase de explicaciones.

—El caballo sabrá lo que hace—decía.

—Pero, ¿qué resolvemos?

—Lo que ustedes quieran.

—Es necesario que usted salga a la pista.

—¿Yq?

—Sí, usted mismo.

—¿Para qué?

don Ovidio, con previo asentimiento damnificado, pagase los vidrios rotos...

El relato de la aventura se difundió bien pronto por toda la población, y un lauro más, de festiva celebridad, fué a enredarse en las orejas del ya famoso caballo. Sin embargo, la inteligencia de Golondrina no terminaba en estos detalles relativamente insignificantes. Rasgos característicos y muy nobles tenía, que elevaban su mísera animalidad casi a la categoría de persona. Era fiel, fidelísimo, como la perla, tan heroicamente adherida al molusco, que sólo con la muerte lo abandona, cuando la avaricia del pescador va a sorprenderla en el mar...

Nadie podía acercarse al viejo vendedor y hacer el más mínimo ademán, sin que inmediatamente Golondrina se abalanzase en son de guerra, enhorquetando las enormes orejas y haciendo rechinar los dientes. Cuando los chicuelos, de antemano autorizados, fingían pegar a Carcela, Golondrina se aprestaba en el acto a la defensa levantando indignado las patas delanteras, y persiguiéndolos, como un can enfurecido, una, dos y tres cuadas, hasta que oía el silbato que le ordenaba volver junto a su amo.

A veces, ultrapasando ya los límites de lo discreto, organizábanse con tal causa verdaderos tumultos en las calles, y hubo cierta ocasión en que intervino la policía, la cual no encontrando mejor medida que efectuar, condujo preso "por desorden" al popular caballo. Esto trajo como consecuencia que su dueño sufriese la más amarga de las aflicciones durante varios días, teniendo que echar mano de fuertes influencias para obtener la libertad del detenido, lo mismo que si se hubiese tratado de cualquier persona.

Pero el teatro habitual, el escenario por excelencia donde Golondrina llegó a lucir mayor suma de habilidades, conquistando a la vez sus más sonados triunfos, fué el puerto de la ciudad de Corrientes. Allí, ante el abigarrado hormigueo de los trabajadores, de los curiosos y vendedores viandantes, entre el vaivén de los viajeros los días de salida o entrada de vapores, aparecía el caballo de Carcela sembrando la alegría general.

—A ver, viejo: ¿has traído tu caballo?

—Sí, señor; ahí lo tengo...

—¿Por qué no lo acercas?

—¿Para qué, señor?—disimulaba Carcela.

—Queremos verlo, hombre...

—Tráelo.

—¿No quieres hacerlo "trabajar"?

—Claro, pues, tráelo y que haga lo que sabe.

Carcela accedía siempre. Eran pasajeros bondadosos, vecinos de la localidad que volvían de Buenos Aires, o simples desconocidos que arribaban a la capital correntina por primera vez y, enterados de la fama del caballo, querían cerciorarse de la realidad, para ofrecer luego al viejo la propina.

—Vamos a ver, Carcela—pedía alguien—que el caballo corra a esos muchachos.

Inmediatamente, señalando a la infantil bandada, gritaba Carcela dando unas palmadas:

—¡Sús! ¡Sús, Golondrina!

—¡Ahora sí que es cierto!

—¡Ah, tigre!—se escuchaba.

Y el caballo, bajo una lluvia de aturdidoras carcajadas, emprendía celosamente la persecución de los chiquillos.

—Bueno, ahora, que te defienda.

—Eso es, nosotros vamos a hacer como que te pegamos.

—Está bien.

En efecto, dos o tres hombres fingían propinar una paliza al viejo, y era de ver la prontitud con que el peregrino maturrango se alzaba, agitando impetuosamente las patas delanteras, en esa actitud confusa y atropellada de las criaturas que se pelean. Después perseguía a los enemigos. Pero lo más curioso del caso consistía en que cuando aquéllos se dejaban alcanzar deteníase el caballo, y lejos de hacerles daño alguno, limitábase a rascar la tierra con las patas, imprimiendo a su cabeza ridícula unos movimientos pausados, semejantes, de preceptor sermonista, como si quisiera aconsejarles:

—¿Por qué pegáis a mi amo? ¿Eh? ¿No veis que yo no quiero?

Esto duplicaba las delicias de los circunstantes, y Carcela, plétorico de satisfacción, ensayaba nuevos números, en medio de unánimes aprobaciones y comentarios. Hacía una gran bola de papel, la ataba fuertemente con un grueso hilo, y arrojándola a la mayor distancia que sus fuerzas le permitían, tornaba a repetir:

—¡Sús! ¡Sús, Golondrina!

Vibrantes risotadas volvían a poblar el aire, y el diligente caballo

partía en busca de la bola de papel, la aseguraba con los dientes, y regresaba para restituirla a su dueño, el cual, ceremoniosamente, solía ordenar:

—¡Para aquel señor!

Golondrina plantábase delante de la persona indicada y alargaba el cuello ofreciendo la pelota como quien cumple el más grave de los deberes.

Después, el viejo gritaba:

—¡Arriba, Golondrina!

Entonces, el caballo hacía una rara genuflexión, sentábase sobre las patas traseras, cruzaba casi las de adelante, y permanecía largo rato en tan cómica postura, como los caballos amaestrados de los circos.

A veces, exigía Carcela:

—¡Hay que saludar a estos señores!

El viejo colocaba en hilera a tres o cuatro nombres, los saludaba por orden con la cabeza, y el caballo repetía el acto reverencial, con grave gesto de caricatura alemana. Esta chusca ceremonia producía siempre la mayor hilaridad, y Carcela, en vista del éxito, solía reproducirla varias veces.

Entretanto la fama de Golondrina extendíase cada vez más. Había gentes cuyo primer deseo, al desembarcar en el puerto correntino, era el de admirar las habilidades del caballo. Como es lógico suponer, dados los antecedentes expuestos, semejantes circunstancias dieron por resultado el relativo bienestar de Carcela, que llegó a sorprender en el animal-prodigio un *modus vivendi* superior, más descansado que el de la venta de pan dulce. Así es que un buen día decidió abandonar su comercio, dedicándose desde entonces enteramente a lo que hubiera podido llamarse explotación del talento de su singular caballo, tomando como principal centro de operaciones el frecuentado puerto de la ciudad...

Nadie hará bien en asombrarse si decimos que las aventuras de Golondrina podrían dar margen a la coronación de un tomo de más de trescientas páginas. Enrique Mürger hubiera descrito en abultado volumen "La vida pintoresca de un caballo", y Paul de Kock, complicando el sencillo asunto con sus triviales y predilectas narraciones de amores fáciles, habría dispuesto en medio de la mayor frescura sobrado material para unos quince tomos, como hizo con los "Etudiants" de Federico Soulié.

Pero no es necesario que se prolongue el hilo del discurso en una minuciosa desviación de amena literatura. Bástenos saber ahora cómo una pobre existencia de las llamadas irracionales, a la manera del más sensitivo poeta, puede, entristecida por las miserias humanas, enfermarse de asco y de amargura, afirmando tal vez así una indiscutible superioridad o elevación sobre el nivel corriente de los hombres.

Ya hemos visto de qué modo colmaba Golondrina las ambiciones de su dueño, y hasta qué término era capaz de serle amable en la vida. Veamos también cómo, a pesar de todo, y puesto que en el mundo nada hay sin su correspondiente punto vulnerable, el caballo de Carcela tenía su inevitable lado flaco. Efectuaba todas aquellas habilidades circenses sin vanidad, sin asomo de cálculo, a diferencia de los hombres que todo lo supeditan al interés ulterior. Trabajaba para su dueño, noblemente, como quien hace un bien sin esperar recompensa. Era un convencido de la fraternidad como el más sincero de los apóstoles. Todo esto teniendo en cuenta, desde luego, que le hemos asignado la facultad de pensar y de sentir. Pero lo que no admitía ni jamás admitió, según se verá en seguida, era el exhibicionismo mendicante. En esto dejaba de parecerse a muchos actores de la comedia teatral y mundana. Ostentar sus modestas virtudes, hacer de ellas alarde, convertirlas en un oficio, entregarse a la menguada tarea de atraer con socalinas una limosna para sus piruetas, le parecía horroroso, inadmisibles, digno sólo de un polichinela vacío que ya hubiese perdido en absoluto la dignidad y la conciencia del valor de la vida.

Por eso cuando Carcela abandonó los cestos del pan dulce, para dedicarse, en una holganza inopinada y deshonorosa, a la exclusiva exhibición de su caballo, éste comenzó a dudar. Encontró extraña

la actitud de su amo. Le pareció grosera esa conducta. Sintió la nostalgia punzante, imperativa, del diario recorrido al través de las calles solariegas, colaborando con el viejo en la conquista del honrado sustento.

Es cierto que Golondrina no soportaba ya sobre su lomo el peso familiar de la mercancía. Pero se había acostumbrado a aquella carga, y la echaba de menos. ¿Dónde estaban los cestos? ¿Por qué el viejo amo que lo había salvado de la muerte cambiaba así, de improviso, su regular manera de vivir? ¿Era que ya no podía sobrellevar las fatigas del trabajo? No. Golondrina tuvo bien pronto la certidumbre de lo que ocurría. Al verse de aquella manera exhibido, como un mono de feria, palpó la noción exacta de la verdad. Contempló amargamente el brusco cambio de su apacible existencia, y comprendió que en el alma del viejo vendedor ambulante habían germinado secretas ambiciones, egotismos inconfesables, incontenidas ansias de algo que, en su "mentalidad de caballo", no alcanzaba a determinar con la necesaria limpidez, pero que lo llenaba de oscuros presentimientos, que le hacía barruntar nubladas horas de tristeza para el porvenir...

—¿Qué tiene tu caballo?

—No lo sé...

—Pues parece que está enfermo.

—Es posible, sí; hay días que no quiere comer.

—No estaría demás que el veterinario lo revisase.

—¿Para qué? Se le pasará.

—Está triste.

—Yo también.

—¿Te comparas con las bestias?

—Todos somos iguales.

—¿Qué Carcela éste!

—Bah...

—¿Y qué harías si se muriese tu caballo?

—¿Qué haría?

—Claro, pues...

—Pues... morirme yo también.

—No, hombre; no seas bruto; hazlo revisar por el veterinario.

Estos diálogos repitieronse a menudo, hasta que Golondrina mejoró, al parecer. Y al poco tiempo, otra vez la casualidad, pitonisa de las inesperadas intervenciones, se encargó también de echar luz sobre tan obscura situación, ofreciendo la coyuntura para que el caballo manifestase su disgusto por el nuevo género de vida.

Promediaba la estación estival. La ciudad de Corrientes, con sus calores de horno, respiraba fatigosamente al sol, como una rosa encarnada. Una de esas compañías de heterogéneos espectáculos, mezcla de teatro y de circo, que, hostigadas por la falta de público durante el verano, o mejor dicho, por el hambre crónica, huyen de la canícula portefa a correr provincianas aventuras, con sus dramas ecuestres, sus comedias bufas, sus payasos, bailarinas, bestias sabias y demás impedimenta lamentable, llegó probando suerte a la mentada capital de las revueltas políticas y de los hombres fuertes, de las mujeres de ojos grandes y negros, y del dulce hablar de melosa entonación, que trae con sus palabras el recuerdo melancólico y suave dormido en las leyendas de la expirante raza guaraní.

El anuncio de la compañía, que iba a iniciar sus representaciones en el gran circo capitaleño, había conseguido despertar inusitado interés, en medio de aquella desesperante modorra producida por el verano en triunfo. Las primeras funciones obtuvieron, pues, un éxito halagüeño. El público, seducido por la novedad, acudió en masa, atestando el espacioso barracón durante cinco noches consecutivas. Mas he aquí que de repente la entrada "empezó a aflojar", según la típica expresión del lenguaje de teatro adentro. Y empezó a aflojar de una manera alarmante. A la séptima noche, el recuento de boletería no acusaba más que diez y siete pesos en la venta de las localidades. Y en sucesivas funciones la gente fué desertando del circo, hasta llegar un momento en que la infortunada farándula trabajaba sólo para las viejas maderas de las sillas. Los errantes histriones estaban consternados. El empresario y el director, de pie uno frente al otro, como extensa frase amarga entre dos enormes puntos interrogativos, no sabían qué partido tomar para "resolver la temporada". Protestaban contra la suerte negra, ofendían al público ausente, se tiraban de los cabellos...

Una noche, en el camarín del director de la "troupe", cierto periodista local tuvo una luminosa ocurrencia.

—¿Qué dice usted?

—Estoy bien seguro de lo que digo.

—¿Estaríamos salvados?—balbuceó el empresario.

Y el director:

—¡Ganaríamos lo suficiente, por lo menos, para poder salir a otra ciudad!

—Todo eso y tal vez mucho más—afirmaba el periodista.

—¿Y usted asegura que para ello no hay más que...?

—Ya lo he dicho; presentar en el circo el famoso caballo de Carcela.

—¿Nos lo concedería?

—Es lo probable.

—Pues hay que llamar a Carcela.

—En seguida.

—Gracias, gracias...

—A usted le deberemos nuestra salvación.

—A mí no, al caballo.

Las frases estaban demás. Era necesario la inmediata presencia de Carcela, y Carcela fué arrastrado a la pequeña secretaría del circo, como una bolsa de óxígeno conducida precipitadamente para auxiliar a un enfermo que se muere.

Carcela se resistió. No le agradaba aquello. Tampoco lo comprendía bien. Pero lo convencieron. Después hubo que sostener nueva lucha al ajustar el precio. Lo ajustaron. Y acto continuo, Carcela emprendió la tarea de poner al director en conocimiento de todas las gracias de Golondrina.

—¡Espléndido! ¡Superior!

—De primer orden.

—El éxito es decisivo.

—Sobre todo teniendo en cuenta la popularidad del caballo.

—Indudablemente.

—Hay que hacer un comunicado a todos los periódicos.

—Y anunciar el "debut" en grandes carteles.

El empresario frotábase las manos, agregando:

—Ha sido una verdadera "trovata espectacular".

—¡La "trovata" de la salvación!

—Gracias, gracias, amigo periodista—repetía el director.

Y terminaba el empresario:

—Usted se ha hecho acreedor a nuestro eterno agradecimiento.

A los dos días verificábase la función. La noticia había despertado lisonjero entusiasmo entre las familias de la localidad. El éxito superó a toda esperanza, pues aquella noche el circo fué pequeño para contener tanta concurrencia. Llegado el momento de la presentación del célebre caballo, la expectativa del público, acentuada por segundos, tradúcese en una especie de sorda marea, palpitando la inquietud sofocante del monstruo de un millón de cabezas—que dijera el autor de “La Nave”—en ese vaivén casi imperceptible, pero hondo, que tanto hace estremecer a los grandes artistas en las noches de estreno.

Por fin, la cabeza ridícula de Golondrina asomó en el tinglado. Su aparición fué saludada por el público en una estruendosísima ovación que hizo temblar durante dos minutos las lonas y el madramen de la carpa convertida en sala de espectáculo. El caballo, mohino y poco ganoso, descendió a la pista. Allí el director, provisto, aunque sin necesidad, del pequeño látigo que usan los domadores de fieras comenzó la labor. Después de pretender, sin resultado, que Golondrina hiciese su cómica reverencia en distintas direcciones, como para agradecer los aplausos, invitó:

—¡Arriba, Golondrina!

El caballo, tal si se hubiese quedado sordo, permaneció impassible. Parecía no querer enterarse de lo que pasaba. El director insistió:

—¡Sús! ¡Sús, Golondrina!

Nada. El cuadrúpedo no movía ni siquiera una oreja. El hombre iba poniéndose nervioso, y el público, al principio en silenciosa actitud de recelo, empezaba a inquietarse, dando sintomáticas muestras de querer tomar a chunga el acontecimiento.

El del látigo hizo todavía un esfuerzo supremo. Se acercó más al caballo, pugnando por disimular la emoción que el visible fracaso le producía, y dándole suavemente con la lonja en las corvas, ordenó en un arranque de impetuosidad:

—¡Arriba, Golondrina!

La amostazada bestia, que hasta ese instante había permanecido

inmóvil, enarboló por toda respuesta un par de codos tan seco y monumental, que, de haber alcanzado al pobre-histrión, éste hubiera enmudecido allí mismo para siempre.

Entonces ocurrió algo indescriptible. El público prorrumpió en una carcajada homérica, y la más firme, la más penetrante, la más épica de las silbatinas escuchada en teatro alguno del mundo, atronó los aires, como si la ciudad de Corrientes se hubiera poblado en un minuto de un millón de enloquecidos Mefistófeles. Fué un gigantesco diluvio universal de silbidos, amenazando luego con varoniles voces de protesta, por múltiples demandas, entre las que se destacó súbitamente una, más imperiosa, reclamando:

—¡Que salga Carcela!

Todos los espectadores repitieron a un tiempo:

—¡Que salga! ¡Que salga Carcela!

Ante tan urgente reclamación, tuvo el director un repentino rayo de esperanza, y partió como una flecha a entretelones en busca del dueño del caballo. El público, entretanto, pasando, de la silbatina a las contundencias del "pateo", amenazaba con hacer trizas las butacas del circo. Los pobres cómicos estaban mucho más alarmados que en las sombrías vísperas del hambre, y hubo un momento en que de buena gana hubiesen invadido la pista, poseídos de la siniestra intención de degollar a aquella miserable bestia que tan imbécilmente se negaba al "trabajo", colocándoles el puchero a quinientas leguas de distancia.

—¡Esto es el colmo de la mala suerte!—clamaban en irritado coro los desgraciados.

—¡Qué espantosa situación!

—Pero, ¿dónde está ese estúpido de Carcela?

Carcela, filosofando en un rincón del escenario, negábase rotundamente a dar ninguna clase de explicaciones.

—El caballo sabrá lo que hace—decía.

—Pero, ¿qué resolvemos?

—Lo que ustedes quieran.

—Es necesario que usted salga a la pista.

—¿Yo?

—Sí, usted mismo.

—¿Para qué?

—¿No ve usted que van a destrozar el circo?

—¡Que lo destrocen!

—Vamos; no sea usted bárbaro...

Y empujado por la turba histrionésca, sin poderlo remediar, el dueño del autor de aquel motín estupendo vióse de pronto en mitad de la pista. No tuvo otro camino que el de optar por hacer que el caballo "trabajase", ofreciese cualquier bagatela, pues la actitud del público resultaba en verdad muy poco tranquilizadora. Carcela comenzó por halagar los "sentimientos" de Golondrina, acariciándolo mientras decía:

—Pobre, mi Golondrina, pobrecito... ¿Qué tiene mi amigo, mi compañero?

En seguida, confiado en la estratagema, entró de lleno a ordenarle:

—¡Arriba, Golondrina!

Nuevo fracaso. Decididamente el caballo no estaba para juguetes, y había hecho de antemano su composición de lugar.

—¡Sús! ¡Sús, Golondrina!

Tampoco. El amo obtenía idéntico resultado al del director que, al fin y al cabo, no estaba familiarizado con la bestia. Tanto hubiera valido decir a la luna que descendiese hasta el escenario. Golondrina era en aquel momento otro caballo, más bien dicho, era una especie de monolito, al que resultaba inútil ordenar que se pudiese en movimiento. Carcela estupefacto ante una desobediencia semejante, en la cual nunca podía haber soñado, quiso volver por sus fueros, sacudiendo las bridas al animal. Este retrocedió encabritado. El viejo lo siguió. Golondrina entonces púsose a correr alrededor de la pista, y en medio de la infernal batahola que el público había vuelto a combinar, concluyó por echarse en tierra, sudoroso, inerte, negándose definitivamente a levantarse, como aquel día en que Carcela se apropió de él, cuando los excursionistas lo habían abandonado sobre una senda del litoral correntino...

Los ecos de la memorable jornada zumban aún en el oído de las gentes. El caballo de Carcela no quiso resignarse a la villana explotación que a cambio de sus honestos servicios pretendía imponerle el ambicioso propietario. Una tristeza infinita, recóndita, indefinible, agravando sus anteriores males, se lo vino a llevar. Murió en

buena ley, como los hombres de sana inteligencia y espíritu sencillo. Bien merece el noble rocín que se dedique un recuerdo a su memoria...

José de Matos

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARÁ:

N.º 30

DORIOS

Novela cosmopolita y dramática, debida a la excelente pluma del escritor brasileño

GYRO DE AZEVÊDO

Ministro del Brasil en Montevideo

Ni se cae el Cabello ni Quedará una Partícula de Caspa

¡Cuide su cabello! Duplique su belleza en pocos minutos.

Un frasco de "Danderine" pone el cabello espeso, lustroso, ondeado y lo embellece.

Usted no encontrará una partícula de caspa ni que se le cae el cabello y que no le pica el cráneo después de pasados 10 minutos de la aplicación de Danderine, sino por el contrario, lo que le agradará será ver que después de usarlo por algunas semanas, el cabello se le pone fino, espeso y suave, y cabello nuevo le crecerá por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Un poco de Danderine inmediatamente duplicará la belleza de su cabello. No importa

lo deslustrado, descolorido, quebradizo o áspero que esté; solamente humedezca un paño en Danderine y pásesele cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. El efecto es asombroso; el cabello se le pondrá sedoso, ondeado y espeso, y le dará un lustre incomparable, suavidad y abundancia.

Compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y demuestre a los demás que su cabello es tan bonito y suave como cualquier otro, que solamente ha sido abandonado o estropeado por falta de tratamiento; esto es todo. Usted tendrá un cabello bonito y abundante si prueba un poco de Danderine.